INFORMES.

I.

CARTULARIO DE LAS ABADÍAS DE LA COUTURE Y DE SOLESMES.

Una pequeña colonia de monjes benedictinos franceses, expulsados de su país natal, ha venido á ocupar el célebre y abandonado monasterio de Silos, cuyo nombre suena siempre con gusto en los oídos de todos los que se dedican al cultivo de la historia patria y de la literatura. Conservadores de los restos del saber antiguo, cultivadores de casi todos los conocimientos del saber humano, agricultores laboriosos ó inteligentes, al par que escritores concienzudos y eruditos, investigadores infatigables, críticos avisados y discretos, austeros sin grosería, piadosos á la par que corteses, hospitalarios y caballerosos, los benedictinos han llegado hasta nuestros días con cierta aureola y reputación envidiable de saber y de virtud, que les ha proporcionado el respeto y simpatías de todos los sabios, hasta el punto de que para calificar un trabajo literario de paciente y laboriosa investigación, y de erudición sólida y profunda, sea costumbre el decir *es un trabajo de benedictinos.*

Desde el Silense, que nos lega una de nuestras más antiguas y preciadas crónicas, hasta los PP. Sarmiento y Feijóo, y nuestro correspondiente el P. Abad y Lasierra, nuestra historia literaria cuenta con un gran caudal de sabios que han ilustrado la historia, y los nombres de Berganza, Sota, Briz Martínez, Pérez, Saez y otros que sería prolijo enumerar, figuran en el ciclo literario

de nuesta historia al lado de los Mabillon, Ruinart y otros célebres benedictinos extranjeros.

A pedir modestamente una limosna de libros llegó á las puertas de nuestra Academia, el moderno Prior de Silos Dom A. P. Guepin, procedente de la célebre abadía de Solesmes, ilustrada recientemente con los nombres del abad Don Gueranguer, cardenal Pitra y el renombrado obispo de Poitiers Monsr. Pie. Y los libros que pedía, y que la Academia con su habitual generosidad ha tenido á bien conceder al restaurado monasterio de Silos, no dormirán en los estantes de su librería, como en ciertas llamadas bibliotecas de asociaciones civiles, donde sólo sirven de adorno, sin que nadie se tome la molestia de abrirlos, cuanto menos manejarlos. La Academia puede tener la seguridad y convicción de que sus libros no yacerán en Silos ni muertos ni aun dormidos, sino que tendrán ese movimiento, que viene á ser la vida de los seres inanimados; y sobre todo de los libros, que con esa vitalidad honrosa adquieren también vejez honrada.

Mas no fué eso tan sólo, sino que el P. Guepin, antes de recibir los libros, tuvo á bien regalar á la Academia el precioso cartulario de las Abadías de San Pedro de la Couture y de Solesmes, que motiva este informe, porque la Academia lo ha creido de tal mérito é importancia, que determinó nombrar comisión que lo examinara é informase acerca de él. Tal es el motivo que obliga á los que suscriben á molestar por breves momentos la atención de la Academia.

El cartulario de las Abadías de Saint Pierre de la Couture y de Saint Pierre de Solesmes ha sido publicado en Mans, el año de 1881, por los benedictinos de Solesmes, á expensas y bajo los auspicios de su noble y dignísimo protector el duque de Chaulnes, cuya reciente pérdida lloran las letras y las artes al par del catolicismo, del cual era uno de los más ilustres paladines.

El cartulario forma un enorme tomo en folio de 540 páginas, mas un pliego de foliación preliminar, que podría dar unos ocho tomitos de nuestra literatura de bolsillo. De esta obra sólo se han tirado 300 ejemplares numerados. El de la Academia lleva el número 95, motivo demás para agradecer el obsequio.

Acompañan al texto curiosas láminas grabadas con vistas de

sepulcros, edificios, sellos, y todo lo que constituye en esta clase de obras una verdadera ilustración, á gusto de los sabios y de las personas inteligentes, que en esto buscan la utilidad y no el mero recreo de la vista.

El ilustre Mecenas deseaba ilustrar el cartulario con magníficos grabados de exquisito gusto, y decorar el libro con lindísimas fotografías y grabados en acero, para lo cual hizo grandes gastos con escaso fruto, habiendo llegado al extremo de hacer iluminar la iglesia con luz eléctrica, á fin de obtener fotografías de los bajo-relieves colocados en parajes oscuros, sin obtener el resultado apetecido. La máxima del duque de que para no hacer bien las cosas valía más no hacerlas, ha sido funesta en esta ocasión como en otras muchas. Nuestro axioma dice con razón, que lo mejor es á veces enemigo de lo bueno.

Ni aun quería reproducir los dibujos, los sellos y otros objetos antiguos de San Pedro de la Couture, y eso que, destruido el monasterio, ya no había más que esos grabados, y por tanto era imposible mejorarlos sin falsearlos y faltar á la verdad arqueológica. Por nuestra parte estamos muy lejos de pensar así, y, entre esa exageración del idealismo estético, y la opuesta de la tosquedad de un grabado antiguo, parece que debe haber, como en todo, un término medio regular y prudente.

Entre estas reproducciones de los antiguos toscos grabados de San Pedro de la Couture son notables la planta del destruido monasterio tomada á vista de pájaro, como otras muchas que se ven en las obras del siglo XVII, tal como en el *Acta Sanctorum*, la del sepulcro del obispo Goselin *(Gosselinus)* de Mans, que los franceses convierten en Ganzolière, el del Conde Hého, la gran plancha de bronce sobre el sepulcro del obispo Pascual de Hugenot, que estaba en el coro, y otros varios de abades de los siglos XIV y XV, hasta el de Miguel Bureau, que murió en 1518, y cuyo sepulcro, de distinto género y con estatua yacente, marca ya la transición del gótico al plateresco. Doce son las láminas que representan sepulcros ó lápidas sepulcrales hasta esta fecha: cuatro planos y vistas de las Abadías de la Couture y Solesmes, y además 36 sellos y escudos heráldicos grabados é intercalados en el texto y las portadas.

Precede á este medio centenar de grabados, verdadero modelo de ilustraciones arqueológicas é historiales, el precioso retrato en acero del abad Don Gueranguer, dibujado y grabado por Faillard con la mayor delicadeza, y con tal propiedad, que desde luego es de aquellos de los cuales suele decirse, que no les falta más que hablar. Muestra este precioso grabado, distinto de todos los otros por su finura, á diferencia de las reproducciones de los toscos grabados del siglo XVI, lo que deseaba el duque de Chaulnes, y á lo que aspiraba y no pudo alcanzar.

Tal es el cartulario de Solesmes en lo que podemos llamar su parte exterior: tiempo es ya de que, dejando de ver el monasterio y su libro, como quien dice por fuera, nos tomemos la libertad de entrar por sus puertas y examinar su interior, ó como dicen, su historia interna.

En las afueras de la ciudad de Mans, en latín *Cenomanensis urbs*, *Cenomanensis ecclesia,* construyó el obispo D. Beltrán, que lo era de aquella iglesia, un monasterio, á fines del siglo VI, pues se hace remontar su antigüedad al año 595, en tiempo del Rey Clotario. El episcopologio Cenomanense le llama al fundador *Beatus Bertchrannus,* y dice que rigió el obispado durante 37 años.

Una antigua leyenda suponía, que estando en oración el obispo D. Beltrán se le apareció San Miguel, mandándole de parte de Dios que edificase un monasterio en el paraje que antes se llamaba *Vivereus*, al cual se le había de llamar de *Cultura Dei*, pues cultivo y cultura significa la palabra francesa *couture,* siquiera nosotros al referir esta palabra á la Divinidad le demos más bien el nombre de *culto*. Pero el testamento del obispo Beltrán acredita, que en unión de otros obispos consagró la basílica de su monasterio en honor de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, poniendo en ella reliquias de ellos; así que se rechaza la tradición del mandato angélico, como cosa legendaria. El obispo D. Beltrán tuvo culto en ella más adelante, y su cuerpo fué depositado en un arca de plata, el año 1512, colocando la cabeza en otro relicario del mismo metal.

El testamento de San Beltrán lleva la fecha de 27 de Marzo de 615, y expresa las granjas *(villas)* que con dinero del Rey Clotario había adquirido en tierra de Burdeos, Etampes y Cahors.

Este documento es el segundo que exhibe el Cartulario juntamente con un fragmento de las actas ó *gesta* de los obispos de Mans, que le precede. Sigue como tercer documento otro fragmento de un testamento del año 642, otorgado á favor del monasterio por San Hadoindo *(Hadoind)*. De aquí pasa al siglo x, lo cual manifiesta que la suerte del monasterio no fué muy próspera en los tristes siglos VIII, IX y X, pues el quinto documento del Cartulario es una donación del conde Hugo de Mans á fines de aquel siglo (990).

Veinte años después aparece la fundación de la iglesia de San Pedro de Solesmes, dada al monasterio de Cultura, por el conde Gofredo de Sabol *(Gaufridus de Sabolio)*, en que además cede varios cortijos *(vicos)* y alodios, con otros derechos señoriales ó feudales que en ellos tenía. Pero Solesmes no fué entonces más que un modesto priorato, dependiente de la Abadía benedictina de Cultura, ó *Couture*, como otros muchos.

Esta acreció mucho en el siglo XII, no sólo de adquisiciones, sino también de privilegios pontificios y reales. Honorio III, Gregorio IX y otros pontífices hasta Adriano VI inclusive, le concedieron exenciones, inmunidades y derechos parroquiales, juntamente con uso de pontificales, báculo, anillo y mitra.

No le faltaron tampoco algunas averías. En 1180 se quemó el monasterio: ardió otra vez en 1306. En 1421 le pegaron fuego los ingleses, demoliéndolo en gran parte, y finalmente, en 1562 lo saquearon los hugonotes, profanando las reliquias, violando los sepulcros, y destrozando la biblioteca, llena de ricos y antiquísimos códices. Al saqueo siguió el incendio. Y aún no fué eso lo peor, sino que á estos males materiales siguieron, en la general disipación del siglo XVII, otros morales, y la relajación de la disciplina monástica, hasta el punto de que, habiendo traido el príncipe Mauricio Eugenio de Saboya monjes de la Congregación de San Mauro para la reforma del monasterio, los del monasterio de Cultura les cerraron las puertas.

Tenía el monasterio á su cargo 100 parroquias, 26 capellanías y 50 prioratos, alguno de ellos en España. Cuál fuera éste no se sabe, pues un Buxedo, que allí suena, parece ser *Bouessay*.

También padeció mucho en el monasterio de Solesmes la dis-

ciplina monástica por la rapacidad y molicie de los abades comendatarios, que fueron la polilla de los monasterios opulentos de Francia en el siglo XVII, como lo habian sido en España en el XVI, y causa funesta de la ruina de muchos y de la decadencia de otros.

El priorato, ahora Abadía de Solesmes, fundado á principios del siglo XI, como queda dicho, está situado á la ribera del Sarta, á media legua de Sabol: su iglesia estaba dedicada á San Pedro y San Pablo como la de Cultura. El abad de este monasterio enviaba á Solesmes un prior, para regir el monasterio bajo la regla de San Benito. Creció mucho en importancia el priorato desde fines del siglo XV. Distinguióse en el adorno de la fábrica de la iglesia Guillermo Cheminal que construyó el altar de Nuestra Señora de la Piedad y el sepulcro del Señor, y también un hermoso campanario de 200 piés de altura, que derribó un huracán el año 1682. En 1532 el maestro Juan Bougler construyó también una magnífica capilla colateral, al lado del Evangelio en honor de la Santísima Virgen, con cinco altares llenos de hermosas figuras de piedra blanca, representando varios pasajes de la vida de aquella, que aun hoy día llaman mucho la atención de los inteligentes y aún más de las personas piadosas; como también las bellas vidrieras de colores costeadas por entonces. Estas bellezas artísticas eran las que principalmente quería reproducir el duque de Chaulnes en ricas láminas en acero.

Consérvase también una espina de la Corona del Señor, que trajo Raul ó Radolfo, señor de Saból, el cual fué á la Cruzada con Gofredo de Bullon. Tuvo la suerte este monasterio, el año 1664, de que Dios tocase el corazón del último abad comendatario don Gabriel de Courses de Beauregard para que cediera el monasterio decadente á la Congregación de San Mauro, permitiendo á los monjes nombrar prior libremente, renunciando la encomienda prioral, no sin quedarse con algunos gajes.

No fué gran cosa lo que ganó; pues al enviarle noticias á Mabillon en 1702 (pág. 396) se le decía, que el monasterio se hallaba desolado y empobrecido por un falso hermano titular de él. Tampoco mejoró gran cosa durante el siglo pasado, y la revolución vino á poner término á los abusos de aquella aristocracia dege-

nerada, que gastaba en orgías los bienes y rentas de gran parte de los monasterios de Francia.

Quinientos son los documentos correspondientes á la Abadía de Couture y priorato de Solesmes, que contiene este precioso Cartoral. La mayor parte de ellos son de la Abadía de Cultura: de Solesmes apenas un medio ciento. Los cuatro últimos de este siglo son muy notables.

El 497 es un decreto de Napoleón dado en Wilna el año 1812, prohibiendo se saquen de la iglesia de Solesmes las estatuas de piedra que la Prefectura quería *museizar* (1).

Por el 498 Gregorio XVI, en 1837, erige el priorato de Solesmes en Abadía, y cabeza de Congregación. Al par de este documento y al frente de la pág. 402 se echa de ver la planta de la Abadía de Solesmes después de su restauración. Por primer abad y restaurador fué nombrado el célebre Dom Luis Pascual Gueranguer, solicitándolo así, no solamente el obispo de Mans, sino también los arzobispos de Tours y de Paris.

Los dos últimos documentos son del Papa Pio IX, dados en 1875, confirmando por segundo abad de Solesmes al P. Dom León Bastide, y el último contiene un hermoso elogio del abad anterior.

Tal es el curioso cartulario que la Academia nos ha encargado revisar, obra preciosa, por los documentos, por sus grabados é ilustraciones y por su excelente desempeño, que la hace modelo de las de su clase, y obra propiamente de *benedictinos* en todo el rigor de la palabra.

Madrid, 22 Junio 1883.

VICENTE DE LA FUENTE. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

(1) Palabra no admitida en el Diccionario, que significa hoy día entre los literatos la torpeza de destrozar monumentos antiguos para sacar objetos arqueológicos á fin de llevarlos á los museos sin motivo racional.